género

Y SOCIEDAD

CENTRO DE ESTUDIO DEL GENERO
VOLUMEN 2 • NUMERO 2 • SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1994

NOTAS SOBRE LOS “MOMENTOS” DE LA DEMOCRATIZACION Y LOS RETOS DE LA DEMOCRACIA *

José Oviedo**

Se propone la distinción analítica de tres “momentos” en la formación de la democracia, con variantes importantes en el carácter de la representación política, las formas institucionales y los actores sociales.

Three analytically distinct and yet actually interwoven “stages” in the development of democracy are proposed including differences in the nature of political representation, institutional forms, and social actors.

Hablando en un foro en el que ambos presentábamos ponencias sobre “Democracia y Diversidad”, organizado por la MacCarthur Foundation en la Universidad de Minnesota, en noviembre de 1993, Heinz Klug, abogado y miembro de la Comisión de Reforma Constitucional de Sudáfrica, hacía un diagnóstico que

* Ponencia presentada el 19 de abril de 1994 en el seminario “Democracia y Género: Planificación Estratégica e Intervención Social” organizado por el Centro de Estudio del Género del Instituto Tecnológico de Santo Domingo y la Fundación DEMOS con el auspicio de la Fundación Friedrich Ebert.

** Sociólogo. Doctorando en Postmodernidad y Democracia por la Universidad de Pittsburgh.

a mi juicio caracteriza no sólo las luchas políticas en dicho país, sino que sitúa una dimensión significativa del registro contemporáneo de las presiones sobre la democracia-liberal. Klug señalaba, como parte sustancial de las luchas por la democratización en Sudáfrica, el desarrollo de una serie de demandas por el reconocimiento político y constitucional de una diversidad de identidades específicas (de los negros, los grupos étnicos, las mujeres, los minusválidos, los homosexuales, etc.) que emana de un amplio espectro de fuentes sociales, y que introducen el concepto de diferencia en el eje de las presiones hacia la participación política, haciéndola más compleja, e interrogándonos sobre la profundidad, la configuración, y las posibilidades del orden democrático.

A este cuestionamiento de los conceptos universales de la representación política, tales como hombre, igualdad, ciudadano, pueblo... conceptos que hoy son cuestionados por movimientos sociales y discursos centrados en torno a identidades particulares, podríamos llamarle, quizás por esa pasión de darle una referencia común a fenómenos desiguales, "postmodernidad". Mi punto central, en este respecto, es el de que esas luchas por la "afirmación de las diferencias" desarrollan nuevas relaciones entre cultura, vida cotidiana y política, politizando lo social, trastocando las fronteras tradicionales entre lo privado y lo público, y haciendo de los procesos de formación cultural uno de los territorios de luchas políticas más significativos del fin de siglo. A mi juicio, éstas nuevas luchas sociales inscriben hoy preguntas importantes sobre los límites de la democracia, al erosionar la legitimidad de sus formas y categorías de representación universal. Tomar en serio el/los "discurso/s de las diferencias", quiere decir cuestionar las nociones establecidas de democracia. Esto, porque la democracia moderna como régimen político presupone una homogeneización de la sociedad estructurada por el Estado-Nación, y capaz de transformar las divergencias etno-culturales en una comunidad de lengua y destino, así como de

producir un tipo de "individuo" cuyo referente político básico es la integración funcional a esa sociedad nacional.

La democracia construye, pues, un estándar de ciudadano universal que opera dentro de un espacio definido como identidad nacional. Es después de las luchas contraculturales, feministas, y postcoloniales, que experimentamos en y después de los años 60, que se desmonta de más en más la cadena de subordinación (de las diferencias de género, raza, sexualidad, edad, etnia, cultura, etc.) en que se ha conformado históricamente este estándar universal de ciudadanía, cuyo referente desde las Revoluciones Francesa y Estadounidense es el de los hombres blancos occidentales, y que sólo de manera tardía, incompleta y marcadamente integracionista ha incorporado otros sujetos de derecho. El universalismo de la democracia, bajo su interpelación en torno al derecho de todos, funciona a través de una doble lógica. Al tiempo que, históricamente, ha escamoteado las diferencias o las ha reducido a un sistema de distribución de acuerdo a "intereses" diversos, su discurso de derechos también ha de abrir eventualmente las compuertas a interpelaciones que, desde abajo, luchan por el reconocimiento de los subalternos. Mi planteamiento aquí es de que los discursos contemporáneos de las diferencias (particularmente, pero no solamente, los de género) no presionan simple y únicamente por "reivindicaciones" de lugares y distribuciones dentro de categorías políticas ya establecidas, sino que parecen inducir hacia una redefinición de categorías tales como la igualdad y la ciudadanía. Los movimientos feministas han luchado por mucho tiempo en torno a la igualdad, para preguntarse de más en más, iguales a qué, según cuál principio. Los negros y migrantes luchan por convertirse en ciudadanos, sujetos de derecho, pero su ciudadanía está cargada de demandas por el reconocimiento de identidades, culturas y lenguas que no son espejo del ciudadano original, de origen y cultura europea.

En sus versiones extremas, la defensa de identidades particulares puede remitir a concepciones cerradas y fundamentalistas de la identidad (etnia, cultura, religión) que colapsan las categorías de la democracia-liberal y conducen a una balcanización del conflicto social. Y, si bien la balcanización nos sugiere también la necesidad de pensar los límites no sólo del universalismo, sino también de los particularismos, no es a esos movimientos a los cuales nos referimos aquí, sino a aquellos que desestabilizan las categorías universales sin aniquilarlas. Volvemos a nuestro ejemplo de los conceptos de igualdad y ciudadanía. Las luchas femeninas por la igualdad han conducido a la interrogante: ¿Iguales a quién? ¿A partir de cuál estándar de igualdad? La pregunta cuestiona no sólo la aplicación o no de los códigos de igualdad existentes a las mujeres, sino también el carácter patriarcal de esos mismos códigos, llamando a pensar su reformulación. Pensemos en las leyes de trabajo, que tradicionalmente han hecho del cuerpo masculino su principal sujeto de derecho. ¿Cómo se inscribe el cuerpo femenino, después de la progresiva integración de las mujeres a la fuerza laboral y a la profesionalización, en reglas para las que la preñez, la menstruación, o el cuidado de los niños son figuras propias no del mundo del trabajo, sino del espacio doméstico? El cuerpo de la mujer es una presencia ausente, una realidad oblicua a normas y procedimientos provenientes de épocas en que el espacio público era un espacio casi exclusivamente masculino.

La democracia se ha proyectado a través de lo que actualmente podríamos ver como paradójico: un reconocimiento de la heterogeneidad (de ahí su extraordinario rol de criticar lo absoluto) en un sistema político que se estructura, sin embargo, mediante conceptos e instituciones universalistas, supuestas a transformar las diferencias en diversidad de intereses y pluralismo de opiniones, integrados final y funcionalmente por los valores comunes de la familia, la moral, las normas del buen ciudadano y los mitos del Estado-Nación. Esta integración supone una

decantación entre un mundo privado basado en el respeto a “la moral y las buenas costumbres” y un mundo público basado en la legitimidad de las instituciones representativas.

Mi opinión es la de que los llamados nuevos movimientos sociales (el feminismo, por ejemplo) tienden a desplazar los fundamentos de ese mundo privado, tomado casi como mundo de lo natural por la tradición, e interrogan (aunque muchas veces sin antagonizarlo) el carácter y las instituciones de representación política (los partidos y sus estructuras políticas de participación, por ejemplo) de la democracia-liberal. Las crecientes demandas de las mujeres, o las luchas por el reconocimiento de sexualidades específicas (como las gay, las lesbianas, o las bisexuales), cortan transversalmente las fronteras de la división privado/público, potencialmente erosionando —aunque no necesariamente poniendo en crisis— las formas de equilibrio e integración de la democracia existente.

Antes de continuar con este papel “deconstructor” de las nuevas agendas de luchas sociales, y de cómo inserta ciertas discontinuidades en las nociones clásicas de la democracia moderna estableceremos una reflexión sobre lo que hemos llamado los “momentos de la democracia”, para ver la manera como ciertos marcos institucionales y prácticas de la democracia-liberal se han articulado y sedimentado históricamente, y para señalar algunos de los puntos en los que los nuevos movimientos sociales ejercen presiones significativas —aunque no necesariamente exitosas— hacia ciertas reconfiguraciones de la democracia.

Distinguiremos esquemáticamente por lo menos tres “momentos” de las luchas por la democratización. Por razones de exposición, presentaremos esos “momentos” de manera secuencial, y, dada la centralidad y niveles de continuidad y desarrollo

histórico de la experiencia europeo-occidental-norteamericana, dicha secuencia evidentemente posee un referente cronológico en Europa Occidental y Norteamérica. Empero, la delimitación de distintos "momentos" del significado de la democracia tiene un propósito más *analítico* que cronológico, y de hecho, esos diferentes momentos pueden y han incluso coexistido en un mismo período histórico y en una misma sociedad. También hay que señalar que los modos en que esos momentos se interconectan, yuxtaponen, suceden, interrumpen, cortocircuitan, así como sus ritmos de desarrollo, acentos, y profundidad, divergen entre distintas sociedades. No queremos, pues, sugerir que estos momentos constituyen una "evolución natural" de la democracia, puesto que la democracia no es una cuestión de evolución, sino una historia de conflictos, consensos, apertura de espacios políticos, construcciones institucionales, expansiones y reversiones. La siguiente distinción está dirigida, en vez, a captar el nivel de profundidad de las demandas y procesos de democratización, así como a alejarnos de una visión de la globalización de la democracia que no hace énfasis en sus nuevos problemas y retos, y reinscribe los cambios actuales en una conceptualización más bien "clásica".

I

Un primer "momento" de la democratización está marcado particularmente por las luchas por la formación y extensión de la ciudadanía, y por la instauración y extensión del sufragio como mecanismo de elección de representantes, formación de parlamentos y rotación de las élites. La contribución histórica del liberalismo fue la de instaurar un concepto de "individuo" como portador de unos "derechos" que fijaban límites a las modalidades de poder que el Estado podía ejercer sobre los sujetos. De la violencia física que caracterizaba a las sociedades premodernas se pasa a formas de control social basadas en la

capacidad de las instituciones para desarrollar la disciplina social, regular las conductas e integrar la sociedad simbólicamente. Más que en la violencia directa —cuyo ejercicio está ahora circunscrito y monopolizado por ciertos aparatos de Estado, los militares y policíacos— la subordinación de los sujetos está basada en la reglamentación institucional. Aún y cuando esta nueva red de instituciones ha sido vista por importantes autores como una “sociedad disciplinaria”, sometida a innumerables y cotidianas formas de vigilancia y control muchas veces “invisibles” sobre los “individuos”, no es menos cierto que también se reconocen espacios de acción y decisión donde los “individuos” pueden ejercer grados de influencia sobre ciertas instituciones y el régimen que las vincula, teniendo como eje la configuración de un esquema de representación política basada en el voto individual, así como ciertas modalidades y espacios de autodeterminación. La autoridad ahora no es sagrada ni absoluta, y ha de someterse a requerimientos de legitimidad y hegemonía, no sólo de coerción (como lo refleja la importancia del “liderazgo”).

El esquema liberal, caracterizado por la representación política de los individuos por élites elegidas y capaces de equilibrar los conflictos de intereses dentro de un sistema “pluralista”, es ambivalente. Por un lado, construyó en principio un concepto elitista de ciudadanía y representación. Los derechos de ciudadanía han tenido históricamente diversas fronteras, en el sentido de quiénes son ciudadanos y quiénes los representan (fronteras económicas, raciales, étnicas, de género), así como por la limitación de los espacios donde se verifica la representación (ej. en el parlamento, pero no en la empresa, de hecho la crítica marxista de la democracia representativa tiene aquí uno de sus filones más importantes, al plantear que la representación excluye una real participación de los de abajo). El esquema liberal tiende a reducir la representación política a la representación parla-

mentaria, y a individualizar la participación en el voto personal. Las élites que representan a los ciudadanos tienen importantes niveles de autonomía, ejercitando su poder de decisión sobre individuos que se activan políticamente generalmente sólo como votantes, y que la mayor parte del tiempo son entes pasivos y privados.

De este modo, el liberalismo, al tiempo que produjo las bases históricas para una apertura del mundo político sobre la base de los conceptos de individuo, ciudadanía y derechos, instauró fronteras visibles e invisibles a la acción y participación ciudadana. Dichas fronteras, sin embargo, no son fijas, sino cambiantes, sujetas al conflicto y a la redefinición, precisamente porque el liberalismo conformó un sistema político en el que ni la autoridad, ni el control social, ni los límites de la vida política, ni las ideologías, son absolutos.

El esquema liberal realizó una enorme aportación histórica, al limitar las formas absolutistas y patrimoniales de ejercicio del poder, y sus conceptos de representación, ciudadanía y elección, han abierto compuertas históricas y han sido reapropiados por aquellos excluidos que lucharon y conquistaron su carta de ciudadanía, su derecho al voto y a la elección de autoridades, introduciendo a "los de abajo" como un elemento significativo en la dinámica del poder estatal (aunque mediado por la representación y por su exclusión de muchas instancias de toma de decisiones). De esta contradictoriedad da cuenta la institución del sufragio universal, la cual encierra una historia de luchas bastante compleja, que envuelve y transforma a su vez relaciones de poder económico, racial y de género. Por ejemplo, en la experiencia originaria europea, la representación se expandió desde una élite propietaria hasta la población masculina adulta y fue después cuando incluyó a la población adulta de mujeres. En sociedades segmentadas racialmente, como los Estados Unidos y Sudáfrica, el derecho a la elección de las

autoridades fue un privilegio racial de los blancos por largo tiempo (en EE.UU. hasta los años 60, en Sudáfrica es hoy cuando se instituye el sufragio universal en medio de formidables y complicadas luchas constitucionales y sociales). Las luchas raciales son en ese caso una parte crucial de las luchas por la extensión de la ciudadanía, cuyo desarrollo es desigual, estando marcado por bordes étnicos, raciales y culturales. Hay que señalar aquí, aun sea de paso, que parte del problema reside en la formación histórica del concepto mismo de ciudadanía, que surgiendo del Iluminismo francés, excluyó al género femenino y a aquellos sometidos a relaciones coloniales, todos ellos objetos de subordinación más que sujetos de derechos.

El surgimiento de la democracia liberal hizo énfasis institucional en la participación y representación en torno al voto individual, pero dejaba pendientes, como problemas que el desarrollo social en el siglo XX ha planteado dramáticamente, el de los espacios y formas de participación y representación de las instituciones de la sociedad civil en sociedades crecientemente diferenciadas y organizadas. Frente a este problema, los partidos políticos se masificaron como parte de las luchas por la democratización, convirtiéndose en mediaciones fundamentales en la relación Estado/Sociedad y en la expansión de la representación política a través del parlamento.

II

Sin embargo, el parlamento representa a "individuos". Su capacidad de representación de intereses colectivos particulares (como los intereses de clase propios de la industrialización) es limitada. La noción liberal de un pluralismo de individuos resultaba atravesada por el desarrollo de un pluralismo de organizaciones que luchan por incidir en las decisiones de política social y económica del Estado, esto es, en la redistribución de

las riquezas y en la reglamentación de las relaciones internas a la fábrica. La socialdemocracia y el corporativismo surgen como vías para abrir otros espacios y formas de representación, basados en negociaciones y acuerdos bi o trilaterales (Estado, clase obrera, empresariado).

La transición hacia un segundo momento de las luchas por la democratización tiene un tramado histórico caracterizado por la consolidación de organizaciones y partidos masivos, propios de sociedades con cierto nivel de desarrollo industrial y con una base obrera relevante, por lo que se estructuró más claramente en países europeo-occidentales y en Norteamérica, pero también ha estado presente en otros contextos sociales de relativa industrialización y organización de la sociedad civil. Esta transición marca nítidamente, en el caso de la mayor parte de las sociedades del hoy llamado "primer mundo", una transformación del liberalismo en democracia-liberal y de extensión de derechos ciudadanos, y abre una fase caracterizada por las luchas, reivindicaciones y mediaciones de clase, con énfasis en la distribución social de las riquezas, la formación de partidos de masas y de clase, las formas corporativas de participación de los sectores productivos, la seguridad social y una alta intervención del Estado en dichos procesos (bajo modelos keynesianos, de Welfare, Social Democracia, etc.).

Pese a su fuerte relación con los cambios económicos y sociales de sociedades industriales, este segundo momento, que enfatiza la participación productiva-distributiva, surge también en sociedades latinoamericanas, tales como Argentina, Brasil, Chile, y otras, aún y cuando sea bajo la dominación de regímenes políticos donde los elementos democráticos están subordinados a otra lógica, como la del populismo, por ejemplo. Dada su relación con los discursos y estrategias de "desarrollo", el "momento distributivo" de la democracia se ha constituido en parte sustancial de la agenda ya internacional de luchas por

la democratización, si bien hay que aclarar, primero, que no todos los procesos de apertura democrática instituyen representaciones corporativas y/o mecanismos significativos de redistribución, como resulta obvio en la América Latina de los 80. Y segundo, que el énfasis en la distribución social no conforma *per se* un régimen democrático, sino que, dado el rol de las luchas redistributivas de clase en la formación de corrientes comunistas, dicho énfasis ha sido elemento constitutivo de regímenes que compitieron como alternativas a la democracia-liberal y a veces con una oferta aún mayor de distribución de las riquezas. La distribución social es un "momento" del contenido del régimen democrático, pero por sí sola no cualifica a un régimen como democrático.

III

Las limitaciones de la representación parlamentaria, de tipo "universal", se hacen más evidentes en la medida en que las sociedades se diversifican crecientemente en movimientos y grupos sociales con valores e intereses específicos, y que reivindican precisamente sus diferencias (raciales, de género, étnicas, culturales, etc.) con respecto a valores universales que fueron altamente apreciados en el período formativo de la democracia. De hecho, los procesos contemporáneos de globalización, a la vez que hacen converger a las sociedades en determinados aspectos, multiplican los encuentros y desencuentros entre identidades distintas, propiciando, por ejemplo, vastas olas migratorias. Los resultados son varios. Las reacciones de autoprotección, que van desde la discriminación hasta el renacimiento de la xenofobia y las luchas étnicas, han aumentado dramáticamente. Pero el lenguaje de derechos se ha extendido a amplias zonas del planeta, dando una mayor o menor legitimidad a las diferencias y presionando para una pluralización de los criterios de individualidad, humanidad y ciudadanía. Este

conflicto definirá nuevos términos para conceptos jurídicos y no jurídicos de nación y pertenencia, pero sus trazos son aún inestables y más que ambiguos.

La diversificación de demandas de reconocimiento no sólo cuestiona los parámetros de las representaciones culturales de “nosotros” y “los otros”. No sólo inaugura importantes batallas jurídicas en torno a la legitimidad de las identidades. También cuestiona las modalidades de la representación política. Una amplia gama de movimientos emergentes critica la representatividad de los actores (partidos políticos y sindicatos), espacios políticos (parlamento, así como instancias de representación de la clase obrera y el empresariado) y las agendas tradicionales de la vida política. Dichas agendas han estado vinculadas a concepciones que buscan la homogeneidad de la nación en torno a proyectos “universales” y tienden a diferir un mundo heterogéneo que hoy clama por afirmar sus propias voces. O a esquemas de producción-distribución que fueron centrales a sociedades industriales y a la estructura de clases sociales de las mismas, pero que son percibidos cuando menos como insuficientes en sociedades caracterizadas, entre otros elementos, por la expansión de la economía de servicios, por el carácter reducido del proletariado industrial con respecto a poblaciones muy diversificadas en el trabajo y en la cultura, así como por una amplia cantidad de desempleados “estructurales” cuyo mundo de la vida no se corresponde con el obrero, y por movimientos migratorios fuertes que hacen más heterogéneas a las naciones, a los individuos, a las culturas y a las demandas sociales. Los límites de la representación parlamentaria y de la corporativa son puestos en evidencia.

Nuevos actores sociales y nuevas agendas parecen presionar hacia un “tercer momento” de las expectativas y demandas con respecto al significado de la democracia. Al tiempo que las luchas por la instauración de elecciones como proceso de cambio

gubernamental, así como por regímenes fundamentados en los derechos, se han casi generalizado, y que una serie de elementos clásicos de la democracia se han establecido como componentes centrales de un lenguaje político y unas expectativas transnacionales, se experimentan también luchas por la democratización con acentos inéditos y contenidos que no son una simple proyección de los momentos anteriormente planteados.

A diferencia de los dos primeros momentos, con énfasis en demandas que eran o aparecían como universales, muchas de las luchas contemporáneas hacen hincapié en demandas particulares (de las mujeres, del derecho a la autonomía individual sobre el cuerpo y la sexualidad, de los jóvenes, de los minusválidos, los grupos étnicos, raciales, los homosexuales y bisexuales, etc.). Muchos de los símbolos, expectativas, motivaciones y acciones de nuevos grupos sociales y de los llamados "nuevos movimientos sociales" no se reconocen en las formas de representación y participación, así como de identificación simbólica y cultural, que estructuraron los partidos políticos y la clase obrera en las experiencias formativas de la democracia liberal. Los partidos políticos han visto deteriorada su hegemonía, si bien siguen siendo actores centrales de los sistemas políticos democráticos.

Se podría argumentar que muchos de estos "nuevos movimientos sociales" son propios de sociedades post-industriales, y que la expansión de la democracia a otras áreas no industrializadas del mundo se vincula más bien con los contenidos de las fases modernas fundamentadas en el sufragio universal y la distribución. Empero, aún y cuando ésta es una verdad parcial en muchos casos de sociedades que no experimentaron un alto desarrollo industrial, hay también que considerar, primero, que la globalización de las comunicaciones tiene efectos sustanciales sobre los valores políticos, y que perspectivas que se originan en ciertas sociedades atraviesan y son redimensio-

nadas en otras. Y así, aunque podamos decir que los movimientos feministas no tienen igual fuerza en diversos contextos y regiones, es obvio que sus valores contribuyen crecientemente a la generación de nuevos parámetros en la vida cotidiana y en prácticas institucionales que cristalizan en muchas y distintas sociedades. En segundo lugar, los nuevos movimientos sociales no son sólo un fenómeno del llamado primer mundo. Con acentos y/o temas particulares, con modalidades de acción social y composiciones sociales diferentes, la América Latina de la década de los 80 experimentó la emergencia de múltiples movimientos sociales (de pobladores, vecinos, comunidades de base, así como también de mujeres, ecológicos y otros) hasta el punto en que la idea del francés Alain Touraine, sobre "el retorno del actor" en las luchas sociales, está en parte basada en sus estudios sobre esta región.

De hecho, los cambios en la dinámica y estructura global de la economía de mercado han reducido la centralidad de la clase obrera, cuyas demandas marcaron las primeras fases de la democratización, y provocado el surgimiento de nuevos sectores profesionales y de servicios, así como nuevas marginaciones sociales, con demandas y valores novedosos que contribuyen a cambiar parcialmente el espectro temático de la democracia liberal y a introducir nuevos actores sociales. El conocido autor alemán Claus Offe, en su texto *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, analiza la emergencia de nuevos movimientos sociales como un "cambio de paradigma" en la democracia moderna. El "viejo" paradigma se fundamenta en la política institucional, basada en la separación de lo público y lo privado, en la representación formal y en la centralidad de los partidos y sectores corporativos en la vida pública. Elabora agendas "universales" basadas en el crecimiento económico, los conflictos de distribución y el consumo. Se estaría configurando un nuevo paradigma con actores cuyo campo de actividad no es la representación en instancias formales, cuyas políticas se forman en

el umbral entre lo institucional y lo no-institucional, cuyas agendas no giran en torno a intereses de clase sino en torno a la defensa de ciertos valores del "mundo de la vida", y que por ende redefinen la división tradicional entre público y privado, politizando lo "privado" (e.g. el aborto y el control sobre el cuerpo).

Esas nuevas colectividades tienden a formarse alrededor de una temática particular (las mujeres, la paz, la raza, el grupo étnico, etc.), cuestionando las exclusiones producidas y escamoteadas por valores aparentemente universales, y tienden a integrarse y desintegrarse más como movimientos que en tanto instituciones estables, permanentes y/o formales. Es frecuente que dichos movimientos señalen a las esferas institucionales de la política como de difícil acceso a ciudadanos que han sido de ese modo ubicados en un mundo privado y pasivo, dirigiéndose a activar modalidades de acción ciudadana generalmente extra-institucional, aún y cuando sus demandas pueden tener un nivel tal de influencia sobre las instituciones que resultan a su vez institucionalizadas. De hecho, una de las estrategias de las esferas institucionales establecidas puede ser la de introducir de manera selectiva, filtrada, ciertos elementos de cambio que absorban algunas interpelaciones de reformas planteadas por los nuevos movimientos, desintegrando parte de su radicalidad (éste es quizás el caso del movimiento verde alemán, y el intento, hasta ahora fallido de Clinton).

Sin embargo, tal y como señala Offe, una de las dificultades para que las instituciones del "viejo paradigma" procesen los conflictos sociales del nuevo paradigma es precisamente que éstos giran en torno a "valores" particulares y no a "intereses" definidos dentro de un marco de valores comunes (los conflictos acerca de la distribución tienden a aceptar como esquema común objetivos nacionales de productividad y crecimiento económico, dentro de los cuales compiten institucionalmente diversos

intereses). Muchos de los nuevos movimientos, además, parten precisamente de una crítica a los niveles de tecno-burocratización de los partidos políticos, del Congreso o Parlamento, de las representaciones sindicales, esto es, de las instituciones representativas tradicionales.

Este rechazo a los valores, actores básicos y formas institucionales del paradigma clásico de democracia-liberal, genera políticas ambiguas. Algunos sectores de los nuevos movimientos buscan introducir elementos de transformación de la vida pública, de activación de la sociedad civil, y nuevos espacios de derechos ciudadanos y ejercicio de la ciudadanía. En diversas sociedades, el mundo doméstico y privado de las mujeres se politiza de más en más, sacudiendo al mundo público con luchas significativas sobre la violencia familiar, el acoso sexual en el trabajo, la reproducción y la sexualidad, y otros. Otros sectores, sin embargo, tienden a recluirse en sus microcosmos y en su micropolítica, alterando más bien los valores de su entorno cotidiano a través de una reforma de los estilos de vida. Estas prácticas, si bien valiosas a nivel de las reformas culturales, quedan muchas veces aisladas de un impacto sobre las instituciones y el gobierno de las sociedades. Uno de los serios problemas para la definición de un "tercer momento" de la democracia es la escasez de puentes entre los nuevos movimientos y las instituciones tradicionales. Esto resulta dificultado por la negativa y la suspicacia de los nuevos movimientos frente a las prácticas de cooptación de dichas instituciones (el miedo a "vender" sus principios). Y también porque no es fácil negociar valores en vez de intereses. Las instituciones de la democracia-liberal procesan los conflictos en parte a través de las negociaciones entre diversos grupos de interés. ¿Pero cómo negociar, por ejemplo, la lucha antiaborto, para las cuales el feto es la prioridad de vida y la mujer es vehículo de la maternidad, con posiciones que buscan consagrar el derecho al aborto, para las cuales el cuerpo de la mujer y su control sobre la reproducción

constituyen lo prioritario? Los partidos y cuerpos legislativos, ejes de la democracia liberal, fluctúan en su reconocimiento de estos valores antagónicos procedentes de grupos diversos, teniendo serias dificultades para "equilibrar" y reconocer demandas provenientes de visiones de la vida tan distintas.

La radicalidad de los nuevos movimientos sociales puede enriquecer a la democracia. Nuevos movimientos sociales han introducido importantes debates teóricos y prácticos alrededor de los conceptos clásicos de la democracia, tales como igualdad, libertad, ciudadanía, individuo, persona, representación y participación, inaugurando presiones hacia su redefinición conceptual, legal y cotidiana. Pero una radicalización de demandas por principio no negociables podría someter al sistema político a una polarización que debilite su capacidad de procesar conflictos, auspiciando crisis de gobernabilidad y posibles resoluciones autoritarias.

Es preciso aclarar de nuevo, dados los riesgos evolucionistas de este esquema, que los tres momentos de los contenidos de las luchas vinculadas a la democratización son de carácter analítico, metodológico, y no cronológico. Como hemos sugerido antes, dichos momentos pueden tener un vínculo de relativa continuidad histórica en la experiencia de ciertas sociedades y regímenes políticos,¹ o pueden emerger de modo sincrónico, simultáneamente.² Incluso, algunos de los momentos anteriormente señalados pueden estar ausentes de ciertos procesos

¹Es el caso de las democracias de largo plazo, como las de buena parte de Europa Occidental, aunque la experiencia fascista operó de manera ambivalente, cortocircuitando las instituciones democráticas, pero generando resistencias que consolidaron la valoración de la democracia y la sedimentación de sus luchas.

²La nueva Constitución de Sudáfrica expresa los tres momentos de las luchas por la democratización, y opera en el terreno de instaurar el sufragio universal, eliminar las segregaciones raciales y reducir las discriminaciones de género y sexuales.

de apertura democrática. Por ejemplo, el momento distributivo está borrado de la mayor parte de las políticas de Estado de la América Latina, al tiempo que la región vive una fase de incorporación de formas democráticas sin precedentes.

De este modo, los tres momentos que hemos delineado no se corresponden necesariamente con las tres "olas" de la democratización planteadas por Huntington en *The Third Wave*, aunque quizás en muchos casos de las sociedades industrializadas los énfasis de las distintas olas se emparentan con los momentos del significado de la democracia que antes he definido (la primera ola asociada a las luchas por el sufragio universal y a la emergencia de importantes demandas distributivas; la segunda a la consolidación de esquemas distributivos como el Estado keynesiano y la Social Democracia, la tercera ola a la pluralidad de luchas raciales, de género, pacifistas, sexuales, étnico-culturales y otras, que han surgido a partir de los años 60). Pero incluso en un caso como el de Estados Unidos, el derecho universal al voto por parte de los negros es una conquista tardía, que no se cumple en la "primera ola" (Huntington, 1991) de la democratización.

La distinción analítica de los tres momentos permite diferenciar la profundidad, diversidad de elementos y los cambios en el significado, presiones y retos de la democratización, y no sólo su expansión geo-política en distintas "olas". Si bien es cierto que nuevas luchas vinculadas a la democratización (como los movimientos de mujeres) no son necesariamente excluyentes con respecto a las más tradicionales (las clases y la redistribución, por ejemplo) también lo es que nuevos actores, temas y espacios políticos se abren hoy, y plantean con nuevas propuestas y nuevas conceptualizaciones la pregunta ¿qué significa la democracia? De esta manera, las tendencias hacia la globalización de las luchas por la democracia amplían y redefinen el concepto mismo de democracia, y los esquemas institucionales

que han construido formas democráticas enfrentan nuevas presiones, problemas, temáticas y movimientos sociales. Las luchas por la democracia son también luchas en torno al significado, alcances, límites y modalidades de la democracia y de la democratización.

Momentos de la democracia

Primer momento

- Consolidación de los principios de "igualdad y libertad" como principios "universales".
- Institución de la noción de "individuo" como sujeto de "derechos".
- Limitación del poder del Estado. Rígida delimitación de lo privado y lo público.
- Definición y luchas en torno al principio de ciudadanía (quiénes son ciudadanos, cómo y dónde se ejerce).
- Institución del principio de la representación política sobre la base de la elección de las autoridades superiores del Estado y el voto individual.
- Formación de partidos políticos como mediación entre Estado y sociedad. Bi o multipartidismo.
- Extensión del sufragio.
- Desarrollo del parlamento como locus privilegiado de la representación política. Parlamento y sistema judicial como poderes diferenciados del ejecutivo, dotados de un ámbito real de jurisdicción. Institucionalización, jurisdicción y distribución del poder.

- Diferenciación de la sociedad civil y formación de espacios públicos sobre la base de las libertades de expresión y asociación. Poliarquía.
- Desarrollo gobiernos locales. Distribución de la autoridad.
- "Accountability".

Segundo momento

- Emergencia de organizaciones colectivas, de clase (sindicatos), y masivas (partidos "de masas"). Centralidad de los partidos políticos y clase obrera.
- Representación/participación.
- Luchas por la representación en torno a intereses.
- Instauración de principios y medios de representación y negociación extraparlamentaria, macroeconómica y corporativa.
- Formación de vías grupales de acceso a la formulación e implementación de políticas públicas.
- Consolidación de organismos intermedios de representación y de espacios de negociación en torno a la reestructuración industrial, la productividad y la redistribución económica (crecimiento económico, selectividad estratégica, políticas de inversión, distribución del ingreso, "igualdad y justicia social").

Tercer momento

- Diversificación y radicalización del principio de individualidad.
- Politización de lo privado y emergencia de “nuevos movimientos sociales” (relaciones de género, sexualidad y cuerpo, reproducción, estilos de vida, identidad cultural, etnicidad, raza).
- Luchas por la representación en torno a valores.
- Cuestionamiento espacios representativos parlamentarios y de clase. Formación de nuevos espacios público/privado, institucional/no-institucional.
- Énfasis en la diversidad, en la diferencia y las identidades particulares.
- Representación/construcción y reconocimiento de identidades.
- Redefinición principio de igualdad y ciudadanía.
- Disminución centralidad partidos políticos y organizaciones de clase.

Procederé ahora a especificar algunos de los puntos de ruptura que el “tercer momento” sugiere con respecto a conceptos y prácticas clásicas de la democracia existente, entendiendo por “clásica” los contenidos y formas políticas cristalizados en el primer y tercer momentos de la democracia. No puedo dejar de esquematizar, dado el corto espacio y tiempo disponible:

- a) Cuestionamientos a lo que el filósofo político norteamericano William Connolly llama la "ontología del consenso" de la democracia liberal, constituida a través de una "paradoja de la democracia": la de construir la libertad mediante estándares universales y de una progresiva asimilación de la conducta individual a convenciones reguladas por el "interés común".

- b) Cuestionamientos a los procesos y mecanismos de normalización basados en esa ontología del consenso cuyo ideal es el "buen ciudadano", y que aspira a una identificación entre la persona y los roles y normas de la moral establecida (participación como integración en un modelo general de identidad). Habría una relación invisible que las luchas contraculturales habrían evidenciado, entre la ontología del consenso y la red de aparatos disciplinarios que Michel Foucault estudió sistemáticamente.

- c) Reinvidicación de una individualidad que, si bien está basada en la concepción liberal del individuo, radicaliza la idea de la autonomía a través de una apelación al cuerpo, la sexualidad, el placer, los estilos de vida, que pone en cuestión los códigos establecidos de consenso moral, racionalidad, los discursos clínicos y legales, los procedimientos administrativos... pensemos por ejemplo en el aborto y su interpelación a un "derecho de reproducción", o la idea de la violación sexual dentro del matrimonio.

- d) Deconstrucción de categorías universales de la democracia liberal e inscripción de voces y diferencias sublimadas y postpuestas (las mujeres, los colonizados, las personas de "color", las sexualidades "desviadas", los niños, los ancianos, los minusválidos, las lenguas no nacionales, las comunidades indígenas...). Crítica de las formas de regulación de los cuerpos y de las representaciones culturales y políticas a través

de las cuales las categorías universales discriminan a “los otros”.

- e) Cuestionamiento de las estructuras de unificación política, y de la relación universal/particular, y un “llamado” a repensar y reestructurar los conceptos y marcos normativos vinculados al orden político, la igualdad, la ciudadanía, el individuo, lo privado y lo público, los espacios de formación de agentes políticos, en función de nuevas tensiones entre la construcción de lo común y la rebelión de los márgenes.

Bibliografía citada

Huntington, Samuel. 1991. *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*. University of Oklahoma Press.

Offe, Claus. 1990. *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Editorial Sistema, Madrid.